

misma angustia que del Wálhalla aquí me traje, me vuelve allí.

BRUNILDA (asustada).—¿Qué es de los dioses eternos?

WALTRAUTA.—Atiende y medita cuánto voy á decirte. Desde que se separó de ti, no nos ha vuelto á guiar Wotan al combate. Indecisas y siempre temerosas seguimos al ejército. Evita encontrar á los valerosos héroes del Walhalla; sólo y sin descanso viaja por el mundo á caballo. Ultimamente llegó empuñando su lanza hecha astillas: un héroe se la había destrozado. Sin decir palabra ordenó á los nobles del Walhalla que fuesen al bosque á derribar el Fresno del mundo, y mandó amontonar alrededor del sagrado recinto los pedazos del árbol. Luego convocó el consejo de los dioses; él mismo lo presidió, y á su alrededor se sentaron todos angustiados; los héroes llenaron la estancia. Sentado estaba él presidiendo, mudo é inmóvil, en su sagrado trono, y teniendo en la mano los trozos de la lanza; ya no prueba las manzanas de Holda: dominados están los dioses por la angustia. Mandó á sus dos cuervos á viaje: una vez volvieron con buenas noticias; luego otra, y fué la última; por postrera vez se sonrió el eterno. A sus rodillas abrazadas yacíamos nosotras las walkirias: mas permaneció indiferente á nuestras suplicantes miradas; á todas nos devoraba el temor y la angustia. Contra su pecho yo misma me abracé llorando: entonces alzó los ojos, pensó en ti, Brunilda, exhaló profundo suspiro, cerró otra vez los párpados, y como soñando dijo: «Si devolviese el anillo á las hijas del hondo Rhin, libertaría al dios y al mundo de su maldición.» Entonces pensé en lo que dijo; abandoné, sin ser vista, la silenciosa multitud que le rodeaba; monté á caballo, y á escape vine á verte. Y ahora te suplico y te conjuro, hermana, que hagas lo que puedas, poniendo término al eterno sufrir.

BRUNILDA.—Tristes hechos me cuentas. Yo no pertenezco ya á la raza de los dioses, ni comprendo lo que dices. Locas y sin hilación me parecen tus palabras; en tus cansados ojos brilla ardiente llama; ¿qué quieres de mí?

WALTRAUTA (con precipitación).—Ese anillo que llevas en tu mano... despréndete de él en favor de Wotan.

BRUNILDA.—¿Desprenderme del anillo?

WALTRAUTA.—Devuélvelo á las hijas del Rhin.

BRUNILDA.—¿Yo, á las hijas del Rhin, la prenda de amor de Sifredo? ¿Estás en tu juicio?

WALTRAUTA.—Oyeme: considera mi angustia! En él estriba el mal del mundo todo. Arrójalo de ti á las olas, para librar al Walhalla de la desgracia: tira el anillo maldito.

BRUNILDA.—¡Ah! ¿no sabes lo que para mí representa este anillo? Es más que las delicias del Walhalla, más que la gloria de los dioses eternos; porque en él brilla para mí el amor divino de Sifredo. ¡Ah! si pudiese decirte lo que es este amor! Por él conservo ese anillo; en él depositó su cariño! Vé, y en el consejo de los dioses diles que jamás lo obtendrán, que nunca les daré mi amor, aunque se derrumbe y se convierta en escombros la brillante pompa del Walhalla.

WALTRAUTA.—¿Es esa tu fidelidad? ¿Así abandonarás á tu hermana, cuando la ves sumida en la mayor zozobra?

BRUNILDA.—Vete de aquí; monta tu corcel y aléjate: no lograrás arrancarme el anillo.

WALTRAUTA.—¡Oh dolor! ¡desgraciada de ti, hermana! ¡desgraciados los dioses del Walhalla! (Se va precipitadamente en dirección al pinar, y á poco rato oýese el vuelo rápido de su corcel).

BRUNILDA (sigue con la mirada á su hermana, llevada por tempestuosa nube, que no tarda en perderse en lontananza). Alejaos, nubes y relámpagos por el viento empujados: idos, y no volváis á

acercaros aquí. (Anochece; el fuego empieza á brillar en el fondo).—El crepúsculo vespertino ilumina el cielo con luz suave; en brillo aumentan las llamas que me protegen. ¿Por qué se elevarán ondeantes hasta alcanzar la cumbre de esta escarpada roca? (Suena en el fondo la bocina de Sifredo. Brunilda escucha, y luego dice henchida de ternura): ¡Sifredo!... ¿de vuelta ya Sifredo? ¡me anuncia su llegada! Voy, voy á salir á su encuentro! Voy á echarme en los brazos de mi dios.

(Llena de alegría corre hacia el fondo. Llamas de fuego saltan sobre la cumbre de las rocas: de ellas sale Sifredo é inmediatamente las llamas vuelven á retroceder y á resplandecer como antes en el fondo del escenario. Sifredo lleva en la cabeza el yelmo, que le cubre toda la frente, y tan sólo le deja libres los ojos, aparece en forma de Gunther).

BRUNILDA (asombrada).—¿Traición? ¿quién vino hasta aquí?

(Retrocede hasta el fondo y contempla asombrada y muda á Sifredo).

SIFREDO (en el fondo, sobre la roca la observa largo tiempo, apoyado en su escudo; luego, con voz fingida y profunda).—¡Brunilda! hasta aquí vino quien no teme el fuego. ¡En tu busca llegué; sígueme y sé mi esposa!

BRUNILDA (agitada por vivo temblor).—¿Quién es ese hombre?... ¿cómo logró lo que sólo al más fuerte estaba destinado?

SIFREDO (continuando en el mismo lugar).—Un héroe que te dominará por la fuerza si la fuerza puede obligarte.

BRUNILDA (horrorizada).—Algún brujo es quien subió hasta esa piedra; volando vino un águila, á despedazarme. ¿Quién eres tú, horrible aparición? (Sifredo calla). ¿Desciendes de hombres? ¿O acaso del nocturno ejército de Hella?

SIFREDO (después de largo silencio).—Un gūibi-



junjo soy; Gunther se llama el héroe á quien como esposa habrás de seguir.

BRUNILDA (desesperada).—¡Wotan, dios furioso y cruel! ¡Oh desdicha! ahora comprendo el rigor de tu castigo: ¡me entregas al dolor y a la vergüenza!

SIFREDO (salta de la roca y se acerca á Brunilda).—Cercana está la noche: conmigo has de despojarte en tu morada.

BRUNILDA (mostrándole con aire amenazador el dedo en que lleva el anillo).—¡Lejos de mí! ¡Teme ese símbolo! no lograrás forzarme á ese oprobio, mientras me proteja este anillo.

SIFREDO.—Cásate con Gunther; por su poder te casarás con él.

BRUNILDA.—¡Atrás, ladrón! atrás... bandido! ¡No oses acercarte! con el anillo soy fuerte como el acero: ¡nunca me lo quitarás!

SIFREDO.—Tú misma me indicas que debo despojarte de él.

(Se precipita sobre ella; luchan. Brunilda se desprende de sus brazos y huye. Sifredo la alcanza. Luchan de nuevo: la coge y le arranca el anillo. Brunilda suelta un grito y se deja caer como rendida sobre la roca en forma de banco, delante de la cueva).

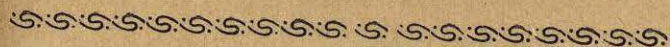
SIFREDO.—¡Ya eres mía! ¡Brunilda, esposa de Gunther, llévame ahora á tu aposento!

BRUNILDA (casi desmayada).—¡Cómo has de poder defenderte, mujer miserable?

(Sifredo la hace entrar con imperioso ademán: temblando y con inseguro paso entra en su cuarto).

SIFREDO (tirando de la espada y volviendo á hablar con su voz natural).—Ahora, Nothung, sé tú testigo de que honestamente alcancé á esta mujer guardando al hermano fidelidad; líbrame, pues, ahora de su novia! (Sigue á Brunilda).

CAE EL TELÓN



ACTO II

La orilla del río enfrente del alcázar de Guibij: á la derecha la entrada de la casa; á la izquierda la orilla del Rhin, desde la cual, hacia la derecha del fondo atravesando parte del escenario, se elevan altas rocas cortadas de vez en cuando por algunos senderos. Entre esas rocas se ven tres, consagradas, una á Fricka, otra mayor y situada á mayor altura, á Wotan, y á un lado otra igual, á Donner.—Es de noche.—Hagen, con la lanza en una mano y el escudo en la otra, está sentado y dormido en el dintel. De pronto brilla la luna iluminando al centinela: Alberto, encogido delante de Hagen y con los brazos apoyados en las rodillas.

ALBERTO.—¿Duermes, Hagen, hijo mío? ¿Duermes y no me oyes, á mí, á quien el sueño hizo traición?

HAGEN (en voz baja y sin moverse, de modo que parece seguir durmiendo, á pesar de tener los ojos abiertos).—Ya te oigo, enano; ¿qué tienes que decirme mientras duermo?

ALBERTO.—Atiende al poder de que dispones, si eres tan valiente como la madre que te dió á luz.

HAGEN.—Aunque me dió mi madre valor, no puedo estarle agradecido de que sucumbiera á tus astucias: viejo me veo y pálido, siendo aún joven, y odio á la gente jovial; ¡no sé lo que es alegría!

ALBERTO.—¡Hagen, hijo mío, odia á la gente jovial! así me amarás como debes, á mí que siempre viví reñido con la alegría! Si eres fuerte, valeroso y prudente, pesares dará nuestra enemistad á los que combatamos. Quien una vez me quitó el anillo, Wotan el feroz ladrón, fué derrotado por su propia raza: el welsa le arrebató poder y dominio. Toda la generación de los dioses ve espantada acercar su fin. ¡Ya no le temo! ha de caer con todos ellos! ¿Duermes, Hagen, hijo mío?

HAGEN (sin vafiar de postura).—¿Quién heredaría entonces el inmenso poder?

ALBERTO.—Nuestro sería el mundo si no me faltase tu fidelidad, y si arden en ti mi furor y mi deseo de venganza. El welsa rompió la lanza de Wotan; en ruído combate mató al dragón y se hizo dueño del anillo: el Walhalla y todo el país de los nibelungos se le postran; en ese héroe, que nunca conoció el miedo, se embota mi propia maldición: ignorando el valor del anillo no utiliza su fuerza envidiable; sonríe y naña en amor y dicha. Sólo en su perdición estriba nuestra completa victoria. ¿Me escuchas, Hagen, hijo mío?

HAGEN.—El mismo coadyuva á mi plan con su propia perdición.

ALBERTO.—Lo que importa es recobrar el anillo de oro. El welsa adora á una mujer; si ella le llega á aconsejar que se lo devuelva á las hijas del Rhin, á quienes yo en otro tiempo engañé en la profundidad de las aguas, para siempre habría perdido el oro, ya no tendría medio de volverlo á alcanzar. Vé, y sin titubear, dirige al anillo tus pasos: con ese objeto te engendré... para que te hicieses poderoso contra los héroes. Verdad que no te dí suficiente fuerza con que hacer frente al dragón, lo que sólo al welsa fué concedido, mas te eduqué para que pudieses alimentar en tu pecho odio tenaz; con él lograrás vengarme y hacerme

recobrar el anillo para escarnio del welsa y de Wotan! ¿Me lo juras, Hagen, hijo mío?

HAGEN.—¡Descuida, obtendré el anillo!

ALBERTO.—¿Me lo juras?

HAGEN.—A mí mismo me lo juro; acalla tus temores.

(La sombra cada vez más densa vuelve á cubrir á Hagen y á Alberto: empieza á amanecer por la parte del Rhin).

ALBERTO (mientras va desapareciendo a ta vista, en voz más baja).—¡Sé fiel, Hagen, hijo mío! héroe querido, sé fiel! sé fiel!

(Alberto ha desaparecido completamente. Hagen, que ha conservado su primitiva actitud, mira sin moverse y fijamente hacia el Rhin. Sale el sol y se refleja en el agua).

(Sifredo aparece de pronto en la orilla saliendo de entre unos matorrales. Preséntase en su propia figura, pero con el yelmo puesto: se lo quita y lo cuelga del cinturón).

SIFREDO.—¡Hola! perezoso Hagen! ¿no me ves llegar?

HAGEN (levantándose poco á poco).—¡Ah! Sifredo! héroe querido! ¿De dónde vienes tan precipitadamente?

SIFREDO.—De la peña de Brunilda. Tan rápido fué mi viaje, que allí tomé el aliento con el que ahora te llamaba: más despacio me sigue una pareja pasando en una barca el río.

HAGEN.—¿De modo que obligaste á Brunilda...?

SIFREDO.—¿Está despierta Gutruna?

HAGEN.—¡Hola! Gutruna! ha llegado Sifredo! ¿qué aguardas?

SIFREDO.—A los dos os diré cómo vencí á Brunilda.

(Gutruna, saliendo, acude presurosa á su encuentro).

SIFREDO.—Bienvenida, hija de Guibij. ¡Buenos mensajes traigo!

UTRUNA.—En nombre de todas las mujeres te saluda Freia.

SIFREDO.—Recibe amorosa y alegre á quien en breve será tu esposo.

GUTRUNA.—¿De modo que sigue á mi hermano Brunilda?

SIFREDO.—Fácil fué conquistarle la mujer.

GUTRUNA.—¿No le repelió el fuego?

SIFREDO.—Aunque me hubiese podido devorar, gustoso lo desafié por él, pues de ese modo alcanzaba tu mano.

GUTRUNA.—¿Pero no te ha lastimado?

SIFREDO.—A mí me alegraba aquel ardor.

GUTRUNA.—¿Brunilda te tomó por Gunther?

SIFREDO.—Ni en un ápice me diferenciaba de él; gracias al poder del yelmo, según me lo predijo Hagen.

HAGEN.—Buen consejo te dí.

GUTRUNA.—¿Así lograste dominar á aquella valiente mujer?

SIFREDO.—Cedió á la fuerza de Gunther.

GUTRUNA.—¿Y se desposó contigo?

SIFREDO.—Durante toda la noche de boda, obedeció á su marido.

GUTRUNA.—¿Pero te tuvo por tal?

SIFREDO.—Sí; pero mi pensamiento estaba contigo.

GUTRUNA.—¿Pero á tu lado estaba Brunilda?

SIFREDO (señalando á su espada).—Tan cerca, como cerca está el Norte del Este y Oeste: tan lejos estaba Brunilda de mí.

GUTRUNA.—¿Cómo recibió á Gunther cuando la dejaste?

SIFREDO.—Al rayar el alba, atravesando las llamas que iban extinguiéndose, me la llevé de allí y la conduje á la llanura, y llegado que hubimos al sitio destinado donde tenía que esperarnos tu hermano, ocupó el Gunther verdadero el puesto del falso, y yo por medio del poder del yelmo, en un

momento me transporté aquí. Ahora, empujados por favorable brisa, se acercan los desposados; disponeos á recibirlos.

GUTRUNA.—¡Ah, Sifredo! miedo tengo de tu poder.

HAGEN (mirando desde el fondo, río abajo).—A lo lejos veo una vela.

SIFREDO.—¡Dad, pues, las gracias al mensajero!

GUTRUNA.—Recibámosla con júbilo, para que se quede aquí gustosa y alegre! Hagen, llama á todos los vasallos para que estén presentes á las bodas de la corte de Guibij! Alegres mujeres llamé á la fiesta, que gustosas os seguirán. (Atravesando la sala y dirigiéndose á la entrada en donde estaba Sifredo). ¿Descansas?

SIFREDO.—¡Descanso para poderte ayudar mejor! (Sifredo la sigue. Ambos se dirigen á la sala).

HAGEN (de pie en la altura, de cara á la pradera, hace sonar con toda su fuerza una bocina, que es un gran cuerno de toro).—¡Hola!... ¡Eh! ¡Vasallos de Guibij, levantáos! Prestad al país vuestras armas! Disponeos para el combate!

(Vuelve á tocar el cuerno. De distintas direcciones contestan los ejércitos. De las cumbres como del llano llegan precipitadamente diferentes vasallos, todos armados).

LOS VASALLOS (primero llegan sueltos, luego van viniendo cada vez en mayor número).—¿Por qué nos llamas? ¿por qué reunes los ejércitos? ¡Venimos armados y dispuestos á la batalla, Hagen! ¿Qué pasa? ¿qué enemigo se acerca? ¿contra quién tenemos que pelear? ¿necesita Gunther de nuestra ayuda?

HAGEN (desde la altura).—Estad sobre aviso y no descaanséis: tenéis que recibir á Gunther que se ha desposado.

LOS VASALLOS.—¿Se acecha algún peligro? ¿le oprimen enemigos?

HAGEN.—Conduce á su morada á una preciosísima mujer.

LOS VASALLOS.—¿Acaso los enemigos de sus vasallos los persiguen?

HAGEN.—Solos vienen; nadie los persigue.

LOS VASALLOS.—¿De modo que venció el peligro y soportó la lucha?

HAGEN.—El vencedor del dragón fué quien venció el peligro: Sifredo, el héroe, quien le dió la dicha.

LOS VASALLOS.—¿Y en qué tienen ahora que ayudarle los héroes?

HAGEN.—Tenéis que inmolar vuestros mejores bueyes; que vea Wotan correr su sangre en el ara para él consagrada.

LOS VASALLOS.—¿Qué más quieres de nosotros?

HAGEN.—Tenéis que inmolar al dios de la alegría un jabalí, un morueco á Donner y ovejas á la diosa Fricka, á fin de que les conceda feliz unión.

LOS VASALLOS (demostrando cada vez más su alegría).—¿Qué haremos luego de haber inmolado á esos animales?

HAGEN.—Tomad los vasos que os servirán las mujeres, llenos de hidromiel.

LOS VASALLOS.—¿Y qué haremos con los vasos en la mano?

HAGEN.—Beberéis hasta que os venza la embriaguez: todo en honor de los dioses para que les concedan feliz unión.

LOS VASALLOS (soltando la carcajada).—¡Sonríe la grandeza, la dicha y la alegría sonríe al Rhin, pues hasta el sombrío Hagen se alegra!

HAGEN (que ha estado siempre muy serio).—¡Cesad ya de reír, valientes vasallos! Recibid á la prometida de Gunther; allí viene con él Brunilda. (Ha bajado y se ha metido entre los vasallos). ¡Sed fieles y obedientes á vuestra soberana: si alguna vez la aflige alguna desventura, estad prontos á la venganza!

(Gunther y Brunilda. Llegan en la barquilla. Algunos vasallos saltan al río y empujan la barca á tierra. Mientras Gunther y Brunilda son conducidos á la orilla, los vasallos cruzan las armas. Hagen está en el fondo, á un lado).

LOS VASALLOS.—¡Bienvenidos! bienvenidos Gunter, el héroe y su prometida!

HUNTER (dando la mano á Brunilda para ayudarla á salir del bote).—Al Rhin os traigo á Brunilda, á la mujer más hermosa: jamás fué desposada otra más noble! Los dioses fueron propicios á la raza de los guibijungos, y por fin obtiene ahora el más alto honor!

LOS VASALLOS (golpeando las armas).—¡Salud á ti, Gunther, el más feliz de los guibijungos!

(Brunilda, pálida, y baja la mirada, sigue á Gunther, que la conduce hacia el portal, del cual salen Sifredo y Gutruna, acompañados de algunas mujeres).

GUNTER (parándose con Brunilda en el umbral).—¡Yo te saludo, héroe querido; yo te saludo, hermana mía! Satisfecho te veo al lado del que por esposa te obtuvo. Dos parejas felices veo en mi casa. Brunilda y Gunther, Gutruna y Sifredo!

(Brunilda se asusta, alza los ojos, ve á Sifredo: suelta la mano de Gunther, llena de emoción da un paso hacia Sifredo, retrocede luego espantada y clava en él la vista. Asombro general).

VASALLOS Y MUJERES.—¿Qué le pasa?

SIFREDO (se adelanta tranquilamente hacia Brunilda).—¿Qué te sorprende?... ¿qué te aqueja, Brunilda?

BRUNILDA (medio desmayada).—Sifredo... aquí!... Gutruna?...

SIFREDO.—Me he desposado con la bella hermana de Gunther, como tú con él.

BRUNILDA.—¿Yo... Gunther?... mientes! Todo está á mi alrededor sumido en tinieblas...

(Vacila, y próxima ya á perder los sentidos, Sifredo acude á sostenerla).

BRUNILDA (débil y en voz baja á Sifredo).—¡Sifredo... no me conoces ya!...

SIFREDO.—Gunther, tu mujer está enferma! (Gunther se acerca). ¡Despierta, mujer! aquí está tu esposo.

(Mientras Sifredo diciendo esto señala á Gunther, repara Brunilda en el anillo de Sifredo).

BRUNILDA (muy sobresaltada).—¡Ah! el anillo... en su mano! El... Sifredo?

VASALLOS Y MUJERES.—¿Qué le pasa?

HAGEN (desde el fondo saliendo entre los vasallos).—Atended á las quejas de esa mujer!

BRUNILDA (haciendo un poderoso esfuerzo para ocultar su grande emoción).—Ví en tu mano un anillo: no es tuyo, á mí me lo arrancó ese hombre! (Señalando á Gunther). ¿Cómo te ha de haber entregado el anillo?

SIFREDO (mirando atentamente el anillo que lleva).—No lo recibí de su mano!

BRUNILDA (á Gunther).—Si fuiste tú quien me quitó el anillo, por el cual me casé contigo, reclámale el derecho que tienes sobre él.

GUNTHER (Confundido).—¡El anillo!... yo no le dí ninguno; pero, ¿lo conoces bien?

BRUNILDA.—¿Dónde está, pues, el que robaste?

(Gunther, más perplejo, calla).

BRUNILDA (furiosa).—¡Ah! Ese fué quien me arrancó el anillo: Sifredo, ese ladrón traidor!

SIFREDO (que sumido en la contemplación del anillo se acuerda de pasados tiempos).—No alcancé el anillo de ninguna mujer; y no obstante luchando, á una mujer se lo arranqué: reconozco muy bien lo que una vez gané venciendo á aquel formidable dragón en la cueva de la envidia.

HAGEN (interponiéndose entre ambos).—Brunilda, mujer valiente, ¿conoces bien el anillo? Si es el que diste á Gunther, entonces es tuyo, y Sifredo lo ganó por traición, que tiene que purgar ei infiel!

BRUNILDA (con profundo dolor).—¡Mentira! engaño! traición! cobarde traición... como jamás castigó venganza alguna!

GUTRUNA.—¡Traición!

LOS VASALLOS.—¿A quién se hizo traición?

BRUNILDA.—¡Dioses sagraados! ¡celestiales guías del destino! ¿Fué tal vuestra voluntad? ¿Queréis probarme con tales tormentos como jamás padeció mortal alguno? ¿Me hacéis sufrir tal ignominia como nadie sufrió? ¡Aconsejadme ahora pues una venganza cual nunca haya existido! Encended en mí una ira que nunca haya podido domarse! Haced que se despedace el corazón de Brunilda para que pueda aniquilar á quien le hizo traición!

GUNTHER.—¡Brunilda, esposa! cálmate!

BRUNILDA.—¡Lejos de mí, traidor! traidor á ti mismo! Sabedlo todos: no con Gunther, sino con Sifredo estoy desposada.

VASALLOS Y MUJERES.—¿Sifredo, el esposo de Gutruna?

BRUNILDA.—El me forzó á que le entregase mi amor.

SIFREDO.—¿En tan poco tienes tu propio honor? ¿Tendré que acusar de mentirosa la lengua que te ofende? ¡Juzgad si fuí infiel! Yo he jurado á Gunther fraternidad: Nothung, mi espada, protegió mi juramento; su filo me separó de esa desolada mujer.

BRUNILDA.—¡Cómo mientes, astuto! Conozco muy bien el filo de Nothung, pero también la vaina en que blandamente reposaba mientras su dueño se desposó conmigo!

LOS VASALLOS (se agrupan indignados).—¿Cómo rompió el juramento?... ¿manchó el honor de Gunther?

GUNTHER.—Lo había perdido y cubierto estaría de oprobio si no pudieses contestar á lo que dice.

GUTRUNA.—Infel Sifredo, ¿meditaste cuán gran-

de era tu traición? Pruébanos que es falso lo que Brunilda dice.

LOS VASALLOS.—¡Defiéndete de aquella acusación! confundé á la que te acusa; ¡júralo!

SIFREDO.—Si confundo á la acusadora, si lo juro, ¿quién se batirá por él?

HAGEN.—Yo te presento la punta de mi lanza para que ella guarde el honor del juramento.

(Los vasallos forman un círculo alrededor de Sifredo; Hagen presenta á éste la punta de la lanza: Sifredo coloca sobre ella los dos dedos de la mano derecha).

SIFREDO.—Apoya, arma sagrada, mi juramento! Por la punta de la lanza lo pronuncio: atiéndeme bien. Donde pueda cortarme un filo, córtame tú; donde pueda herirme la muerte, hiéreme tú, si dice verdad aquella mujer... si falté al juramento!

BRUNILDA (furiosa, entra en el círculo, separa la mano de Sifredo de la lanza, y en cambio pone la suya).—Apoya, arma sagrada, mi juramento! Por la punta de la lanza lo pronuncio: atiéndeme bien: Yo consagro tu furor á que le aniquile; conjuro tu filo á que le corte; pues falta á todos sus juramentos, perjuro es ese hombre.

LOS VASALLOS (en tumulto).—Ayúdanos, Donner; suelta tus tempestades para acallar las voces de ese oprobio.

SIFREDO.—Gunther, prohíbe á tu esposa tan falsas acusaciones. Dejad que repose y se sosiegue la salvaje mujer de las rocas, para que temple ese su desvergonzado furor, que alguna brujería anima contra nosotros. Vosotros, valientes guerreros, evitad el conflicto; no os mezcléis en esas contiendas mujeriles. Si con palabras nos hace la guerra, me doy por vencido. (Acercándose mucho á Gunther). Créeme, más que á ti me irrita que no haya podido engañarla bien; paréceme, casi, que el yelmo no me ha cubierto del todo. Pero pronto se apacigua el furor de las mujeres; de seguro que más tarde me agradecerá que la haya entregado á tu poder.

(Vuelve á dirigirse á los guerreros). Regocijáos, vosotros; seguidme al banquete. Ayudad, vosotras, mujeres, á reanimar la alegría de la boda! Sonríenos ahora el deleite; donde quiera que estemos habéis de verme á mí, siempre jovial entre todos vosotros. Cuando el amor alegra mi ánimo, iguálemme si puede el más dichoso!

(Sin contener su alegría, rodea con sus brazos á Gunther y la conduce consigo á la casa; los guerreros y mujeres los siguen).

(Brunilda, Gunther y Hagen. Gunther, lleno de vergüenza y desconcertado, se sienta á un extremo).

BRUNILDA (en el proscenio y mirando fijamente ante sí).—¿Qué magia maldita se esconderá aquí dentro? ¿Qué brujería será la causa de todo eso? ¿Qué fué de mi saber, que no pudo aclararme tal enigma? ¡Oh desgracia! ¡Oh dolor! Entera le dí mi sabiduría; y ahora tiene cogida á la sierva; en sus lazos me prendió en rehenes gimiendo por mi perdido honor, que entregó á otra. ¿Quién será el que me ofrezca la espada con que poder cortar mis ataduras?

HAGEN (acercándose mucho).—Confía en mí, mujer engañada. Yo vengaré la traición que te hicieron.

BRUNILDA.—¿En quién?

HAGEN.—En Sifredo... el traidor.

BRUNILDA.—¿Tú vengarme de Sifredo? (Se ríe amargamente). Tan sólo una mirada de sus ojos radiantes que, hasta en medio de su hipocresía, me enviaban su brillo, haría temblar tu más esforzado valor.

HAGEN.—¿Pero acaso crees que no podría mi lanza castigar su perjurio?